

entretanto llegamos á tratar de su puntual cumplimiento, será del caso, que demos noticia, aunque sucinta, para mayor inteligencia, de lo que se trabajó en la conversion de los indios de la Española, de los usos, ritos y costumbres de aquellos habitantes de esas tierras nuevas.

CAPITULO XIX.

DESCRIPCION SUCINTA DE ALGUNAS PARTICULARIDADES DE LOS INDIOS DE LA ESPAÑOLA EN SU GENTILIDAD: DE LOS AUMENTOS DE SU CONVERSION: ERECCION DE LA PROVINCIA DE SANTA CRUZ DE LA ESPAÑOLA, Y DE LOS PRIMEROS OBISPADOS EN LAS INDIAS.

Algunos autores han pretendido que cuando los europeos entraron la primera vez en esta grande isla era tanto el número de los pueblos que la habitaban, que se componia su poblacion de tres millones de almas: otros cercenaban la tercera parte; y como en este cómputo estos tenían cuenta de un número demasiado corto, y aquellos de excesivo en tal manera, es conveniente tomar un medio entre estas opiniones. Estos isleños, aunque no muy altos, eran de una esta-

tura regular y proporcionada: tenían la cabeza aplastada, porque desde niños sus madres se la ponían muy apretada entre las manos ó entre dos planchas de madera como en una prensa: donde provenia que doblado el cráneo y criándose más espeso con este artificio se volvía el casco tan duro que los españoles hicieron pedazos más de una vez sus espadas, queriendo descargar el golpe de tajo sobre las cabezas de estos infelices. Esta mala conformacion de la cabeza y frente les agradaba mucho: y si se junta á eso que tenían las narices muy abiertas, los rasgos de la cara muy toscos, largos cabellos negros, ni un pelo en todo lo demás del cuerpo, el color del cutis entre moreno y rojo, parte porque todos los días sufrían desnudos los ardores del sol que es muy ardiente en aquel clima, y porque se refregaban á menudo con almagre, agréguese que tenían la dentadura podrida y un no sé qué de horrible en los ojos, todo este conjunto de facciones contribuía mucho á este aire salvaje y feroz que se observaba en aquellos pueblos.

Los indios andaban desnudos y tapados muy mal sus vergüenzas: las indias ordinarias llevaban unos pañitos que cubrían apenas lo que la honestidad no permite ver, y las principales usaban para ese fin de unas enaguillas que llegaban solo hasta las rodillas: las doncellas no llevaban ropa alguna.

Todos eran de una complexión delicada, su temperamento flemático, algo melancólicos y comían muy poco, de modo que no tenían fuerzas: no trabajaban; pasaban su vida en la mayor flojedad, porque no se inquietaban de cosa alguna de este mundo: despues que pasaban los días en sus bailes se echaban á dormir: en lo demás eran muy mansos, sencillos y muy humanos; sin hiel, sin ambición y casi sin pasiones, que más parecían niños que hombres: ignorantes por extremo, no cuidaban de saber ni aun tenían noticia de su origen, motivo porque ignorándolo los indios, y no pudiendo saber de él sino por ellos, no tenemos mas que muy débiles conjeturas sobre esto, como se manifiesta en la relacion que hizo de orden del Almirante Colon, Fr. Ramon Ponce, que se puede ver por extenso en la Historia de D. Fernando Colon, capítulo 61, página 62: llena de sus fábulas, tocante á sus tradiciones, que demuestran lo persuadidos que estaban estas gentes, que la tierra había comenzado á poblarse por su isla, y esta es preocupacion que se halla generalmente en casi todas las naciones de la América, movidas del amor de su país. Con todo, es muy creíble que primero se pobló la tierra firme que las islas; pero de qué lado hayan venido los que la han poblado, es asunto difícil de averiguar, y no es posible hacer pié sobre cosa fija; no es fácil

tampoco dar razon sobre esta diferencia tan notable que se encuentra entre los habitantes de las grandes Antillas, que son tan mansos y poco aguerridos, de los de las pequeñas Antillas, que son tan feroces, tan belicosos y inhumanos. Fuera de eso, la Española tenia muy cerca por el Sud los Caribes, y por el Norte los de la Florida, que eran igualmente antropófagos; y sin embargo, no hay razon de dudar que los pueblos de la Española no tomen su ascendencia de unos ó de otros pueblos, y quizás de ambos; y cualquiera opinion que se adopte, quedará siempre la dificultad para explicar de dónde viene esa diferencia de natural y costumbres en unos y otros pueblos, y la connexion que pueda tener las de estos isleños con las de las naciones donde han tomado su origen.

Por cualquier motivo armaban sus danzas y cantaban sus canciones, que les servian de Anales, y en las fiestas públicas como en casos importantes bailaban y cantaban al són de un tambor que tocaba el más principal del pueblo y aun el cacique. No era otra cosa este tambor que un trozo de un árbol enhuecado en forma de cilindro, al que en medio hacian un agujero á modo de una H. Su sonido era bien desagradable, y para tocarle lo acostaban á lo largo sobre la abertura mas ancha que tenia, y daban con un palo en la que le correspondia. Despues de sus bailes

y juegos del *batos* que es el *balón* que se usa mucho en la Francia y corresponde en algun modo al juego de pelota, celebraban su destreza con borrachera general, fumando de un modo raro el tabaco: extendian sobre unas barras, medio prendidas, unos hojas de tabaco casi verdes y con una pipa en figura de Y, que aplicaban por los dos cañones en las narices, y por el otro, al humo del tabaco encendido, respiraban aquel humo que bien presto subia al cerebro. Cada uno quedaba tirado adonde le cogia la borrachera, y solo al cacique le venian á llevar sus mujeres para su cama. Si les acontecia tener algun sueño en esas embriagueces, lo miraban como aviso del cielo.

Gonzalo Fernandez de Oviedo, cuya historia es más circunstanciada que ninguna, tocante á los habitantes de esta isla, se queja mucho de nuestro descuido, diciendo que no se ha pensado en saber de sus costumbres, usos y religion, sino despues de que estaban ya casi destruidos. Y cierto es, que ántes de su destruccion más se aplicaban sus conquistadores á sacar de ellos servicios, oro y todo el provecho que podian, que el preguntarles cosas que pudiesen avivar su curiosidad tocante al origen de estos hombres. Otros historiadores al contrario, se quejan de que este autor se ha excedido mucho, hablando de la deprava-

cion de costumbres de estos isleños, y sobre todo sienten mal de que les haya achacado, que el pecado de sodomía era comun en ellos, habiendo muchos autores que aseguran que ni era conocida entre aquella gente esta abominable maldad. No hay duda que esta diversidad de opiniones entre autores contemporáneos embaraza mucho á un historiador amante de la verdad, pero no se dejan de manifestar entre tanta oscuridad algunos rayos de luz, que alienten á descubrir la verdad, pues con solo reflejar en las miras diferentes que tenían estos autores cuando escribian, basta. En efecto, se deja ver en unos, que el amor de la nacion ha guiado sus plumas para disminuir en lo posible la indignacion del público y de la posteridad contra sus padres y paisanos, y en otros demasiado celo por la religion, motivos que los animaban á atribuir con exageracion estos y otros excesos, para hacerlos odiosos ó disculpar á los autores de las crueldades que se ejecutaban contra estos indios, á quienes quisieron mas bien acabar que atraerlos al culto del verdadero Dios. Para esto ningun pretexto mejor que de representar por un lado estos pueblos, como que no tenían más que la figura de hombres, y que estaban dados á las mayores abominaciones; y por el otro pintándolos al contrario, como hombres sin vicios ni pasiones: no habrá pues engaño en seguir

el medio entre estos dos extremos. No es posible absolver del todo á los primeros castellanos que entraron en la isla, de las crueldades que han levantado casi un grito general y desaprobadas por la misma nacion española; pero tampoco se puede contradecir en un todo lo que Oviedo, Herrera y otros historiadores asientan, que estos indios eran viciosos en el pecado nefando, excepto las mujeres, que lo aborrecian, no por vergüenza ó escrúpulo, siendo bien lascivas, sino porque este infame comercio no les tenia cuenta.

De cualquiera modo que se opine, aun quando no fuesen dados á este pecado, que aborrece la misma naturaleza, parece evidente que, en orden á otras especies de impurezas, no guardaban medida; y las mujeres eran continentes con los naturales y deshonestas con los castellanos, y les comunicaron el virus venéreo de que adolecian, teniendo la masa de su sangre siempre infecta de esta infame y cruel enfermedad; y muchos de ellos, de vuelta á España en el segundo viaje del Almirante, que fueron á la guerra de Nápoles, contagiaron á las mujeres napolitanas y éstas á los franceses.

Admirados los italianos de ver nacer esta horrenda enfermedad en el centro del pais, por odio á los franceses la llamaron mal frances; y éstos, achacando este daño á la corrupcion de las mu-

jeres y al mal temple del país, lo llamaron mal de Nápoles. Los españoles, más avisados y espectadores de una contienda á que habian dado lugar, léjos de meterse en ella y de reconciliar á aquellas dos naciones que tenian tanto interes de dividir y de que se enredasen entre sí, supieron disimular; y aunque Oviedo y Guichardino, el uno español y el otro italiano, y casi todos los historiadores de ambas naciones, hayan hecho justicia á las dos partes interesadas, cuando han hablado de este mal, ha quedado en el uso comun de hablar la denominacion que tuvo desde el principio; y las demás naciones, segun su afecto á los italianos ó á los franceses, lo adoptan en este ó en otro renombre; de modo que en Italia y en nuestra España se prosigue en llamarlo mal frances, y en Francia mal de Nápoles, sin consecuencia alguna para las personas instruidas. El uso es el tirano de las lenguas, y se debe uno conformar al modo de hablar de cada nacion, tenga ó no tenga razon para ello; pero, en mi sentir, si valieran razones, hiciera ver que este mal infame no ha nacido en la América, y que es tan antiguo como el mundo, no siendo otra cosa este mal, que pareció nuevo entónces, sino la lepra de los antiguos, la cual se contraía con el comercio impuro y continuado de distintas mujeres tocadas de ésta ó otra enfermedad com-

plicada con el escorbuto y otros morbos, cuyo origen es la acrimonia de humores. Así se cortará el curso de una denominacion que más es pulla que significacion verdadera del origen de este infame mal, que harto castigo lleva en sí misma la grave ofensa que se hace al Creador. Pero no me conviene propasarme de los límites de mi historia, á la cual fuera extraña una disertacion sobre el verdadero origen de esta enfermedad.

La escasez de alimentos de Castilla que hubo en la Española á los principios, obligó á los españoles á comer muchas bascosidades, como se ha dicho, y los indios, que se mantenian de mariscos y de ají y picantes, padecieron mucho á su vez por no sembrar: todo esto causó enfermedades en unos y en otros. Pusiéronse muy amarillos primero, y despues, con el comercio impuro que tenian con las indias, se les vino á pegar un mal ordinario entre los indios y no conocido entre los castellanos, que fué el de las bubas; y pensando, como dice Herrera (*), muchos españoles que sanarian con mudarse á Castilla, abandonaron la isla, y pegaron el mal que hicieron conocido en la Europa; pero quiso Dios que adonde se halló el mal, se hallase el reme-

(*) Herrera.—Década I, lib. 5, cap. 11.

dio por una india, mujer de un castellano, que descubrió el palo santo, que llaman guayacán. Comenzaron á tener algun descanso y alivio con este palo; pero volvían los dolores y sus síntomas dentro de poco tiempo, y la experiencia ha enseñado despues que para curar este feo mal radicalmente, es preciso usar del azogue crudo ó preparado en distintas maneras, ó de sudores abundantísimos.

No tenían nada de arreglado y fijo estos isleños en órden á sus matrimonios, siendo la poligamia muy corriente entre ellos, pues cada cual mantenía el número de mujeres que le permitían sus facultades; y como la mayor parte apenas tenía lo necesario para vivir, el comun de ellos se contentaba con una mujer. Entre los grados prohibidos, solo atendían á no vulnerar el primero. Entre las mujeres de un solo marido, una era la privilegiada; pero no tenía superioridad sobre las demás: no había celos entre ellas, y aun se acostaban alrededor de la cama del marido, sin turbarse ni enojarse de la preferencia que hacía el marido de ésta ó de la otra. Acostumbraban no dormir con la preñada hasta que estaba limpia del parto. Reinaba la costumbre bárbara entre ellos de enterrar con sus difuntos algunas de sus mujeres para que les sirviesen en la otra vida: algunas se dejaban enterrar vivas de buena gana

para manifestar cuánto habían querido á su marido; y todo esto, como otras canciones y ceremonias que practicaban con sus difuntos, venía á ser semejante á lo que han acostumbrado otras naciones de las diferentes partes del mundo, principalmente en la Asia y el Japon.

Algunas veces, instados de la necesidad estos bárbaros, se entretenían en la caza y la pesca. Para lo primero se contentaban con pegar fuego á las cuatro esquinas de un llano, y en breves momentos se hallaba cuajado de todo género de caza medio asada. Como los más de ellos no sabían manejar el arco y la flecha, poco cazaban á los pájaros; y para suplir esta falta, se valían de un ardid singular. Hacían subir sobre un árbol copudo á un indio de diez á doce años, y le ponían sobre la cabeza un loro manso. Los cazadores, cubiertos con hojas de árboles, se acercaban poco á poco, haciendo hablar al loro; y al oírlo concurrían infinitos loros, que armaban una algazara grande. Cogía entónces el indio á uno de ellos desprevenido del pescuezo con un nudo corredizo, que formaban con sus cordelitos: lo estiraba, torciéndole el pescuezo, y lo echaba al suelo; así, con esta treta, hasta que no quedaba ninguno. Para coger pichones y otras aves, procuraban juntarlos en gran número, imitando su murmullo y canto, y los cogían con re-

des muy bien hechas y trabajadas, de las que se servian para pescar. Aunque las costas de la isla no son muy abundantes de pescados, no es menester ir muy léjos para pescar muchos y excelentes pescados. Los más comunes son rayas, cóngruos, meros, pargos, dorados, toninas, bonitas ó pejes voladores, picudos, cocodrilos, cangrejos de mar (de várias especies), y ostras, en cuyas conchas se han hallado algunas perlas. Las orillas de las costas están cubiertas de conchas marinas: no se halla coral alguno, solo que se quiera confundir con lo que llaman madre-perla ó penachos de mar, que figuran muy bien un abanico. El pez más singular que abunda en las costas de la isla, es el que los franceses llaman *lamentin*, y nosotros, con los isleños, manatí, por tener en lugar de aletas para nadar, dos excrecencias á modo de manos debajo de las espaldas que le sirven igualmente para nadar y para llevar sus hijos. La figura de la cabeza es como la del buey, aunque más sumido el rostro y más carnuda la barba, y sus ojos más pequeños: todo esto ha contribuido á que lo llamen vaca marina, ó tal vez porque paren las hembras como las vacas y tienen dos tetas con que crían á sus hijos. Su color es bruno ó pardo, y se han hallado algunos de veinte piés de largo sobre diez de ancho hácia el lomo: va desde las espaldas

en disminucion, estrechándose, hasta la cola. Son redondos sus piés que rematan en cuatro uñas cada uno. Su sabor parece al de la ternera salada, pero más exquisita su carne, y se conserva más: la gordura que se saca de este pescado es buena y no se arrancia. De su cuero, que es muy parecido al Cordobán, se hacen zapatos: se encuentran piedras en su cabeza, que se tienen por un remedio soberano para el mal de ijada y de la piedra. Rara vez matan de estos pejes cuando son grandes, cuya costumbre es pacer á la orilla de la mar y de los rios. Solo con redes suelen los isleños coger los pequeños. El primero que dió en creer que este peje podia ser la Sirena de los antiguos, fué el Almirante D. Cristóbal Colon, quien gustaba de lo extraño y maravilloso, y entretenia su imaginacion de varios entusiasmos que podian autorizar y hacer más plausibles sus descubrimientos. Despues Gomara, que sabia guisar esas fábulas, y Herrera, aunque tan juicioso, refieren de este animal cosas increíbles, queriendo que lo hubiese tan domesticado, que jugaba con los muchachos, sufría que se le subiesen encima, y refiere con mucha seriedad su cuento, diciendo que holgaba con la música, y que como traen del Delfin, pasaba los hombres de una parte á otra de la laguna, adonde lo criaba el cacique Caramatex, que lo habia cogido pequeño y criado veinte y seis